

DISCURSO

Del Mantenedor de la Fiesta de la Lira en 1932.

I

Hace tiempo leí, en libro de un pensador argentino, un ensayo de crítica fundado en la experiencia histórica de las culturas americanas que impresionó mi espíritu, agitó mi fantasía e hízome soñar en amables y bellas teogonias.

Hay en los diversos lugares de la tierra -dice este escritor- misteriosas influencias espirituales, como de númenes invisibles, cuya presencia mística suele hacerse más perceptible en ciertos sitios: grutas, selvas, fuentes,- al menos para intuición de algunas almas excepcionales. Esto es lo que llamaron *genius loci* los antiguos; genio de los lugares, representado a veces por el totem en los pueblos primitivos, más agudos que los civilizados en la visión de lo oculto de la naturaleza. Esa influencia espiritual de los *dioses* crea la unidad emocional de una raza, la continuidad histórica de una tradición, el tipo social de una cultura.

El numen tutelar de Cuenca no puede ser otro que la poesía: su influjo está manifiesto en la unidad emocional de nuestro pueblo: emociones estético-religiosas; en la continuidad histórica de una tradición: tradición político-religiosa, y en el tipo social de nuestra cultura: cultura intelectual y artística a la vez.

Nuestro medio es propicio al sentimiento de la poesía. Un estudio histórico sociológico de la literatura azuaya comenzaría por su exposición, pero mi objeto

es distinto y apenas tocaré las causas genéticas y metafísicas que influyen en el medio, haciéndolo apto para el arte y para que a su vez influya en los que habitan dentro de su zona de acción.

El *genius loci* debe estar simbolizado en este caso por el árbol de capulí, árbol de los cuencanos, sin ser exclusivamente de Cuenca. El poeta incógnito que se llama pueblo ha hecho del capulí tema y motivo de coplas sentimentales preciosas. Observemos que el capulí ha sido cantado por poetas de Cuenca de todas las épocas: Honorato Vázquez y Remigio Tamariz Crespo le han dedicado bellas composiciones; Remigio Romero y Cordero habla con cariñosa simpatía de las *capulicedas* de Surampalti, y el gran artista Em. Honorato Vázquez, hizo de este árbol elemento principal de un blasón que lo llamamos de la Arcadia de los Andes y lo adoptamos como símbolo de la Fiesta de la Lira, porque su espíritu armoniza con el espíritu de ella.

Largo sería el recuento de hechos que hablan del cariño que en Azuay se tiene a este árbol. Nadie, antes de ahora, ha encontrado en esta planta la encarnación y símbolo de la poesía.

Este árbol atrajo las miradas del fundador de Cuenca y el *genius loci* encarnado en él, quizás también en nuestros ríos y jardines o en la maravilla de nuestras colinas y montañas, hizo que la espada de Ramírez Dávalos trazara sin vacilaciones, los puntos cardinales de la nueva Cuenca. Semilla de pueblos del Nuevo Mundo fué la primera piedra de la iglesia bendecida por el misionero católico; desde ese mismo momento sabíase ya por dónde debería crecer y extenderse la futura población.

El español. Don Gil Ramírez Dávalos sintió el influjo de esa divinidad tutelar que habita en los bosques y jardines de Cuenca, en las orillas de nuestros ríos, en los recuestos de nuestras colinas, en ubicación panteística, reveladora de una divinidad superior de la cual depende todo orden, armonía y equilibrio. Aquel numen hizo que se avecinen y aquerencien, llenos de

optimismo, los primeros habitantes de esta ciudad, e inspiró para que fuesen cubiertas de flores las cercas que dividen las parcelas de los buenos vecinos y hermanos.

Espíritu cordial y dulce el de aquellos antepasados nuestros; podemos todavía encontrarlo en los nombres que se registran hasta hoy en muchos lugares. Ellos nos hablan de las virtudes hogareñas, de las costumbres sencillas de nuestros abuelos, y de la poesía que era como brisa que oreaba los primitivos instintos de encomenderos y conquistadores.

Cuenca, ciudad de la paz, Arcadia de los Andes, ciudad universitaria como también se la nombra, es, ante todo, Ciudad de la Poesía. Su clima es suave y caricioso; sus campos, fecundos y soleados, sus paisajes, bellos y tranquilos; sus ciclos y crepúsculos casi inverosímiles, tanto son bellos. Puestos sobre terrazas veríamos ese primor, esa variedad de colores en el paisaje que, bañado de espuma y humedecido por cuatro ríos, circuye amorosamente a la ciudad; veríamos esa gracia, esa suavidad de líneas, de ondulaciones, de senos, de curvas de formas casi femeninas de la naturaleza, que en representaciones orogénicas, enmarca y circuye a la ciudad y jardines aledaños. Por el suroeste las colinas se inician suavemente con terrenos de coloración crema, a trechos gris, rubial o blanca; la vegetación en ella es nula, y sólo aquí y allá, en pequeñas oquedades y senos, la tierra de labor mantiene huertas y sementeras mínimas. A continuación y conforme van curvándose en dirección al sur, se las ve revestirse de árboles y plantas; se multiplican las propiedades señalándose por casitas humildes de evocación arcádica; en la cima misma de la colina, como desafío a los huracanes, como ingenuo alarde de fecundidad bravia, pequeños bosques de eucaliptos perfilan sus ramas en el eterno azul del horizonte. Atravesando el Tarqui y puestos en línea con el curso del Yanuncay y el Tomemamba, el paisaje varía notablemente, las montañas se alejan cada vez más y aparecen azules y altas, mostrando pajonales y cambroneras que se doran de tarde con la luz del véspero. Más adelante y siguiendo el cerco de co-

linas a manera de fortificaciones ciclópeas que defienden a Cuenca, de los vientos, se mira la colina del Cebollar, más acá la de Cullca y por último la vista se pierde en el vasto callejón del norte que tiene fondo de montañas caprichosas, que van elevándose en anfiteatro hasta el Nudo del Azuay.

¿Quién extraña que en esta tierra bella, sobremañera bella, la poesía tenga culto en el corazón de la mujer y los cuencanos sean poetas, sacerdotes o soldados, que todo eso es poesía, porque es heroísmo y belleza?

Mas ¡qué cierto es que los dioses se van, de que la belleza se acaba!... Cuidemos nosotros de que nuestros númenes, nuestros dioses tutelares no se vayan nunca de tierras del Azuay. Fiestas como las que celebramos hoy sirvan para tener propicia a nuestra divinidad tutelar, a la santa, a la hermosa poesía que hace más buenos a los hombres, más buenas y exquisitas a las mujeres, y en general, más buenos, exquisitos y nobles a los pueblos.

Con el mes de Mayo de este año son catorce los Mayos sucesivos que en un día como éste, último Sábado del mes de las flores, y mes de Nuestra Señora la Virgen María, el lirio más bello de las primaveras del mundo y del Cielo, en peregrinación de arte, en romería de belleza, en fuga de prosaísmos consuetudinarios, venimos al campo para la tradicional vendimia del verso, a agruparnos cordiales en torno del divino y armonioso símbolo, en fiesta los sentidos y el espíritu y en fiesta el corazón, conmovidos con las maravillas del arte y la poesía. El verso se hace espíritu en la voluta intocada del madrigal y el espíritu se trueca en verso a fin de magnificarse y expandirse, madrigalizando con las bellas mujeres que empurpuran las manos al aplaudir los versos que por hermosos cogen ellas al vuelo, igual que si fuesen libélulas de oro o mariposas de colores de una floresta de ensueño en un amable mediodía de trópico.

Fiesta de la Lira, fiesta de la Poesía, inventada en hora propicia para entretenimiento y solaz de inteli-

gencias luminosas y corazones ricos de sentimiento; para cátedra y docencia a la manera griega de los maestros y triunfo y afirmación de valores de los jóvenes, de los nuevos que creen aún que el laurel es inmarcesible y sedante del temor del olvido, del dolor de las sombras que nos estrechan ahogándonos en oscuridad desesperante.

La Fiesta de la Lira hace año tras año la talla, talla directa, honda y persuasiva, de la fisonomía cuencana, de la cuencanidad, que diremos con orgullo, por cuanto ella es síntesis de los valores de arte y poesía, de la varonía nuestra y de su corte de virtudes que se llaman valor, sacrificio, abnegación, entusiasmo, idealismo y diez virtudes más que, como el Decálogo promulgado por Moisés, pueden compendiarse en dos: patriotismo y fe: fe en el esfuerzo propio y patriotismo desvelado de ideal, inquieto de porvenir, fanático y apasionado del bien y grandeza nacionales.

Y aquí, señores, cabe una explicación mía, personal y sincera; de no ser yo, por buena ventura que me place, uno de los creadores ó fundadores de esta fiesta, habríame excusado de aceptar el honroso cargo de Mantenedor, prefiriendo, como en otros años estarme contento entre el auditorio, escuchando mejor que haciéndome oír, prestando mi atención antes que solicitándola y encareciéndola. Ventajosamente cuento con la indulgencia de maestros, la atención cariñosa de amigos y la curiosidad amable de mujeres.

Hube así de acatar, lleno de gratitud, el título de Mantenedor, con que el Consistorio de la Fiesta quiso honrarme en el presente año; y aquí me tenéis en el desempeño de cargo superior a mis fuerzas, deseoso de hacer con vuestro concurso la décima cuarta Fiesta de la Lira.

Esta Fiesta muestra en mi concepto en forma convincente y única la presencia de la poesía, tal un numen familiar en los jardines de Cuenca.

A la poesía en tierras del Azuay se la ve, se la siente, se la comprende: esplendor suyo la luz que arde en los ojos de las mujeres; gracia suya la sonrisa

femenina, la conversación insinuante y fácil de las niñas; influjo natural de ella el correr plácido de las horas en las fiestas campestres, la fuga al campo en los meses de vacaciones, el amor a la tierra, a la propiedad pequeña convertida en manos inteligentes y cariñosas, en huertos y jardines virgilianos.

La novela, el poema color de rosa, vivimos y escribimos en el campo, en la hacienda, en las vacaciones del colegio, cuando éramos ricos de versos y de esperanzas y conocíamos la Vía Láctea y la Cruz del Sur y otras cien constelaciones de tanto ver el cielo, camino azul del ensueño y camino también de la esperanza. En el campo se ama y en el campo se escriben también los mejores poemas, más cerca de la divinidad inspiradora, a la sombra nemorosa de los viejos árboles familiares que se otoñan en Agosto y dejan ver nidos entre las ramas desnudas y entrecruzadas.

Los capulíes centenarios nos muestran cordialidad, esperándonos a la orilla del camino tendida a lo largo una alfombra de hojas secas por donde van nuestros pasos trémulos e inquietos, a la cita primera con el campo, después de los meses de ausencia larga en la ciudad.

| Qué bien se explican la alegría y la tristeza, la paz y la inquietud, la convalecencia perezosa que se complace en la lentitud de los días y el ansia súbita de retorno, la nostalgia de la ciudad y de sus cosas! Volubilidad, inconstancia, emociones de campo, antinomias; incomprensibles entonces, fáciles, obvias de explicar ahora.

Dé cada árbol, de cada piedra, de cada regato, la poesía nos habla, sugiere, emplaza. El espíritu, con variadas y múltiples sollicitaciones, vive de emoción y se nutre de inquietud, emoción e inquietud de arte que se traducen en poemas de serenidad, en églogas de paz, en estrofas beatas donde queda aprisionada una parte hermosa de la vida.

En los comentarios, en los lugares lindantes con ellos hay no sé qué de melancólico y triste, el genio tutelar de esos lugares debe ser adusto y grave, y to-

do lo que se siente en esos parajes es en consecuencia pesado y triste. En un jardín, en cambio, sinfonías y armonías nos dan un refugio de beatitud que convida al reposo, a la paz virgiliana arrullada por enjambres de doradas abejas, cuando no es una ansia de amor que nos desvela y vemos azorados el lugar propicio para la cita y contamos en balde con la complicidad y secreto de la arboleda, con la discreción de las cortinas de los sauces y las alfombras de musgo que en vano amortiguarán el ruido de los pasos y por donde habríamos ido cogidos de la mano hasta los jardines mismos de la felicidad.

Emociones diversas nos embargan y esas emociones varias y contradictorias se explican por los genios que guardan esos lugares. En Cuenca, en nuestra tierra muy querida, está todo lo plácido, todo lo bello, todo lo poético. Sus campos inspiran idilios y églogas, el epicismo no tiene lugar en nuestra literatura ni siquiera en la forma fragmentaria del romance. La poesía nace del medio y el nuestro es de inspiración amable y tranquila, La poesía está en nuestros campos, en cada flor, en cada árbol, por eso se la siente y aún se la ve; por eso también no hay monotonía en el paisaje, por frecuente que sea su visión contemplativa. La luz se encarga de hacerle diverso a cada instante, bañándole ya de tintas policromadas y vivas claridades, o ya poniéndole velaturas, degradando los tonos en matices suaves y difundiendo el claro oscuro, enrareciendo la atmósfera o recargándola de materia extraña, de manera que parezca el paisaje como visto a través de neblina sutil o de un fanal opalescente, casi lácteo.

El césped, según haya o no nubes en el espacio, se nos aparece dorado y suave, a modo de terciopelos y brocados antiguos, o bien de sedas espesas que se tienden en paños, para celebrar alguna ritualidad pagana en que intervienen silfos y ninfas enlazados en eurítmicas danzas, admirables de sencillez y de belleza.

Otras veces la pradería sin sol. los céspedes umbríos se dilatan sin ondulaciones dando sensación de frío en el espíritu. Se oye cantar a las ranas y se ve tiri-

tar las gramíneas de tallos débiles y tiernos.

Las lomas ofrecen más variados y maravillosos efectos, ya se presenten en un plano recogido en moles escuetas y sin relieve, ya se dilaten inconmensurables, la vista abarca eminencias o depresiones, salientes y entrantes, el claro-oscuro dice la maravilla de la luz y la luz hace el milagro del infinito, de lo grande: lo que nos parecía pequeño vemoslo grandioso, la vista descubre secretos, la óptica opera juegos de ilusionismo y el paisaje visto mil veces nos parece nuevo y como recién salido de las manos del Divino Hacedor.

¿Qué diremos del paisaje húmedo y gracioso de las orillas, con piedras que asoman a flor de agua, con remansos teñidos de cobalto y cinabrio, de ocre y de sombra, según sea la hora, la fuerza de la corriente o la altura del agua en el albeo orillado de juncos y árboles crecidos salvajemente en incontenible fuerza multiplicadora? Las piedras bañadas de espuma se visten de algas y líquenes y se agrietan con el choque dinámico de las olas, que al romperse en pedazos, florde-lisan el abismo, como para hacerlo menos espantable.

En un instante dado, deslumbrada la vista y maravillado el espíritu, vemos una fiesta de carnaval, un corso de flores en que se juega con serpentinas de luz y flores hechas de oro y piedras preciosas; granates y esmeraldas, diamantes y topacios, berilos y crisoberilos, dan su nota característica, fúlgida y armoniosa, al cruzar el espacio y rebotar cinglando del agua en un movimiento incesante de maravilla, entre dos calles de colgaduras de damascos verdes, de pesadas colgaduras brillantes que parecen, aquí y allá, levantar curiosos unos seres fantásticos, imprecisos y raros. De súbito, una nube le esconde al sol y el paisaje torna a la realidad, algunas ramas se mueven al fondo, allá donde las orillas parece que se tocan en una curva del río, se diría que ese momento, ese mismo momento, la procesión fantástica acabara de pasar y se desvaneciera.

Paisajes del Azuay, florestas y jardines de Cuenca, tengo por cierto que están habitadas por dioses llamados a inspirar religiosidad, alegría, optimismo, bondad

en el corazón de los moradores. La poesía puebla nuestros campos y a ella como dioses menores, están sujetos otros y otros, que hacen el encanto y hermosura de esa región, admirada y envidiada de cuantos la conocen. La poesía tiene su reino en nuestros campos, por eso son ellos alegres y fecundos, dóciles y mansos los rebaños, los campesinos buenos y piadosos como los de Barbinson que Millet inmortalizó en sus lienzos del *Angelus*.

Mas, como dije ya, los dioses se van, la belleza se acaba, y Cuenca, sin sus dioses tutelares, no sería lo que es ahora. Está bien por eso la Fiesta de la Lira, la fiesta de la poesía. Mantengamos esta fiesta que es como mantener todo lo bueno, todo lo noble y lo espiritual que poseemos. Después cuando sea ella una tradición centenaria no habrá ya nada ni nadie, que sea capaz de aniquilarla. Pueden pasar los rebaños de Calibán; los mirtos y laureles que plantamos cada año en los jardines de Cuenca no morirán bajo sus pezuñas.

Cuenca, después de una centuria será un bosque tupido de laureles y a su sombra gloriosa jugarán, los hijos de nuestros hijos, que serán amantes de la pro-porción, del equilibrio mental y la belleza pura. Ellos sabrán llevar el volante de un automóvil y manejar una raqueta de tennis, como hacer un poema, o llevar los libros de una explotación de carburos; Tejerán coronas de laurel para los vencedores en los torneos y multiplicarán árboles en las granjas. Conviene para ello que nuestra educación sea integral, cuidemos de la poesía; justifiquemos sus festivales, que ellos sean en verdad de la poesía, y Calibán, ni a título de converso, quiera tener intromisión en ésta fiesta para la cual debemos prepararnos siempre con discreta anticipación y presentarnos de acuerdo con las ritualidades más severas. Fiesta de la Poesía, es decir, fiesta de arte, y el arte no es vendimia sin antes haber sembrado viñedos de inspiración que nos den normas para las ritualidades del culto. El arte se cosecha sembrando arte, arte que quiere decir estudio, reflexión, acendramiento.

El Consistorio del gay saber, cada vez más due-

ño de su misión, al hacer cada año la Fiesta de la Lira, haga también la cultura y la educación del país. Tome sobre sí esa cultura más alta que de las universidades, fomente la difusión del libro, el amor a la lectura, la creación de bibliotecas; trabaje por la expansión de nuevos géneros literarios: el concurso anual sea como la muestra de lo mejor de la cosecha. Para ufanarnos de ella preciso es no contar con la casualidad, sino con el estudio, con la adquisición de nuevos y mayores conocimientos.

Cada vez la Fiesta de la Lira sea la objetivación de ímprobo trabajo anual, mejores cosechas corresponden a mejores cultivos. El consistorio es y debe ser la institución de cultura más grande del país: ¿ por qué no pensar en conferencias culturizantes, en la publicación de un órgano literario propio del Consistorio, aun cuando fuese un boletín anual, en que se haga la crónica de la fiesta y el estudio crítico de los poemas premiados y de los cuentos, las poesías y los discursos de la fiesta. Foméntese el cultivo integral de la buena literatura y hágase una propaganda eficaz ante los Municipios para la creación, tan importante, de premios que otorguen las corporaciones representativas de las ciudades al igual que en España, en la Argentina y otros países de alta cultura. El Municipio de Buenos Aires tiene premios en oro para el ensayo, la novela, el drama, y premios de diez mil y veinte mil nacionales para el dueño del caballo que bata el record de velocidad el día señalado en el calendario del deporte. La civilización es integral, la cultura es también integral, hipódromos y teatros, bibliotecas y estadios, hacen la civilización y la notoriedad de un pueblo.

Utopías dirán muchos, sueños dirán otros; yo, con menos pesimismo y más confianza, digo, esperanzas, bellas esperanzas, que de ser mañana realidad, harán la verdadera cultura y el buen nombre de nuestra ciudad, sobre la cual pesan cognomentos difíciles de llevar, sin que el sarcasmo nos hiera por la espalda, ni ellos nos resulten como una jiba oprobiosa y pesada. .

Ciudad de la Paz llaman a nuestra ciudad, y la

crítica mal llamada literaria hunde Sus dientes afilados por el rencor, en la obra ajena que debe ser respetada como lo sagrado del hogar y que significa casi siempre esfuerzo, abnegación e idealismo.

La crítica literaria es comprendida por espíritus selectos como modalidad artística, como creación estética, como función constructora y no como destructora como es la pseudo crítica, caricaturesca y grosera que se plasma en denuestos e insultos y en sangrante burla de la obra, y del autor de la obra. Los que sabemos que la crítica es una creación artística, una obra de comprensión y simpatía, una glosa de lo mejor y más bello de un libro y que se critica sólo lo bello, porque la crítica es la vibración sincrónica de dos espíritus, nos dolemos cuando, a raíz de la publicación de un libro se dan a luz juicios y conceptos erróneos y apasionados con el pretexto de crítica literaria.

La crítica no es docente, la crítica enseña tanto como lo criticado, ¿qué nos enseña un poema? No se aprende a sentir lo bello: el sentimiento de lo bello es un instinto que se purifica, perfecciona y maravilla con la cultura, pero que no se aprende, porque nadie puede tampoco enseñarnos.

La crítica que juzga el valor de un poema con el código de la gramática en la mano, no es crítico. Su autor será gramático, pero no esteta, y para ser crítico es preciso ser esteta, ser poeta en el mismo grado y en el, mismo nivel que el autor a quien se critica.

Arcadia le llaman también a Cuenca, y aquí donde debería haber mucho de égloga, en vez de la zampoña, se oyen quizás con demasiada frecuencia los silbidos de la víbora que se ejercita y entrena en la soledad, para herir, a tiempo, al viajero descuidado.

Atenas, y escasean cada vez más las pláticas que enseñan, noble y desinteresadamente. Nuestros filósofos salen al Pórtico quizás sólo para denostar a los transeúntes. Ciudad Universitaria, y no tenemos una Facultad de Letras que sería escuela de tolerancia culta, de periodismo civilizado y sensato, con raigambre en el científicismo y la filosofía de la historia,

Utopía o lo que fuerte, sería también de desear que el Consistorio se organice y forme una falange poderosa, capaz de renovar la cultura de la provincia, y sea una entidad responsable que trabaje por el engrandecimiento espiritual del país. La cultura es el desarrollo equilibrado de todas las facultades. Seamos cultos en esta forma. Seamos también generosos: todos podemos dar algo, aun cuando sea sólo la aceptación de un consejo no solicitado y hasta fuera de ocasión.

Han pasado trece años de la primera Fiesta de la Lira, y parece ayer que partíamos al campo los viejos maestros con sus amigos jóvenes, fraternalmente unidos, para hacer fiesta de gay saber en *hermananza* cordial, al amor de los árboles y al amor del sol como en las fiestas de Provenza.

Cuántos bienes han emanado de la institución de esta fiesta. La literatura regional y la nacional se han enriquecido con piezas antológicas que nacieron de ella. Los maestros han hecho ellos sólo un importante libro de valor didáctico, por lo que tienen sus discursos de historia literaria, de crítica razonada y científica, de literatura comparada y erudita y de lecciones de ética y estética; ética y estética que quería Don Honorato Vázquez que se reflejaran en la vida como en la obra de los escritores.

Los certámenes de la fiesta van despertando la conciencia artística en los iniciados, la conciencia artística que controla la espontaneidad, que regula la producción, cuidando que calidad y cantidad vayan juntos. Los rimadores fáciles no siempre aciertan por falta de esa conciencia artística tan necesaria que estrecha los moldes, que depura y magnifica la obra, haciéndola ganar en calidad lo que se pierde en cantidad, y perder en cantidad no es perder, pues basta muchas veces un madrigal para vencer el olvido y tener puesto seguro en la memoria de los pueblos, sea siquiera desde las páginas de una antología.

La conciencia artística hace que muchos afiliados a las escuelas modernas, sepan distinguir lo bello que es perdurable de lo raro, banal y caprichoso, que sin

ser bello, trata imponerse sin más que la novedad, la originalidad, sin pensar que original y raro puede ser lo feo y hasta lo monstruoso.

De desear sería que se editasen todas las poesías y discursos de las catorce sesiones de la Fiesta de la Lira. Hay material para cinco volúmenes de interesante y selecta literatura, que haría el prestigio de la fiesta y la daría a conocer en su mejor aspecto en otras partes, desde cuando se quiere darle carácter de fiesta nacional.

Si sabemos conservar renovada la Fiesta de la Lira, élla ha de perfilar nuestra personalidad de pueblo culto, enamorado de lo bello: nuestras características son distinguidas y honrosas, y el ferrocarril con su convoy de progreso y modernidad ha de servir para precisar más el relieve de nuestra psiquis interesante, ya que ella tiene dinamismo de motor en sus alas y fuerza de intuición y luz de experiencia en sus miradas.

Las cualidades de los cuencanos son para estar prontos y en lugares de avanzada, en las conquistas de la inteligencia y la civilización. Nuestro temperamento soñador nos ha hecho ver con anticipación días mejores de nuestra historia regional, haciéndonos vivir nó de la conformidad, sino de la esperanza, esperanza que realizándose a diario acendra la confianza y el optimismo en el esfuerzo propio.

Tengo confianza en que el grito triunfal de las máquinas de hierro no ha de auyentar a nuestros genios tutelares que viven de antaño en la paz de la Arcadia. Junto con la poesía hemos soñado con el progreso, y sabemos que el altar de nuestra señora la Poesía puede estar lo mismo en jardines arcádicos, bajo uñosas arboledas, como en casas de veinte pisos

Somos pueblo joven y emprendedor, amamos el arte y no desdeñamos la realidad. Lo mismo podemos hacer saltar en nuestros parques o avenidas un chorro de agua musical en fuentes de mármol, como uno de petróleo en los tanques enormes de las industrias poderosas.

Nuestra personalidad, cuando se defina mejor en

goce y posesión de ferrocarriles, palmo a palmo conquistados pacientemente, tendrá características preciosas que han de ufanarnos con justicia.

En las avenidas que construyan las nuevas generaciones, encinas y robles estarán alineados con mirtos y laureles.

Somos pueblo rico, pero al par que rico pensemos ser volitivos y viriles. Dormimos sobre minas de oro, envidiando el oro de las estrellas distantes. Soñamos con las avenidas marmóreas de la Vía Láctea, y en nuestro suelo hay mármoles y alabastros preciosos, y nuestro subsuelo quizás y casi en su totalidad es de hierro, el mismo hierro de las casas de treinta pisos de la poderosa Yanquilandia.

Nos conviene, cuanto antes mejor, ponernos de pie en actitud vertical de hombres, tenemos modelo en el Discóbolo del Museo del Vaticano, o en el Mercurio de Juan de Bolognia del Museo del Louvre. De pie, prontos para la marcha, el salto, la carrera, el vuelo, todo, menos la actitud estática y enfermiza que no es ensueño ni reconditez interior, sino inercia infecunda y glacial; que no es contemplación estética, sino enervamiento, tristeza y apatía indígenas.....

Tenemos minas ricas, minas de oro, de platino, de plata; las medallas de los torneos de arte y el encaje metálico de los Bancos nacionales, deberían ser hechos con el oro de esas minas. Seamos prácticos, integrales, fecundos, sabios y soñadores: pensemos y cantemos; el ensueño y la realidad se unen como los brazos de acero de los puentes del progreso.

Cantemos y meditemos, que hay tiempo para todo y la armonía es el ideal de la estructura estética. Conservemos nuestra idiosincracia, sigamos siendo pueblo de poetas, celebremos fiestas de la lira, mas sea también la Fiesta del Arbol, ella enseña el valor de la riqueza forestal en la biología y economía de los pueblos.

Como dije antes, sembremos robles y plantemos laureles: el roble es la fortaleza, la realidad triunfadora: el progreso material; la poesía, el arte, son el de-

licado laurel de los poetas.

Que nuestras manos no se anquilosen en la apatía, ni queden sólo para aplaudir madrigales. Manos que tañen liras, manos que pulsan arpas, deben ser también manos que tiendan rieles, que levanten planos, que manejen microscopios, que cojan la esteva en el campo, o sosténgan las riendas sobre el cuello de potros al saltar una valla. Nuestras manos deben saber cómo es áspera la crin de un caballo, delicada y tibia la cabeza de un niño; cómo es duro el mármol que se esculpe, o suave la madera que se talla.

Los poetas no han sido nunca seres parásitos, inactuales en la sociedad, baldíos en el hogar, nocivos en la comunidad social.

Con poco que se conozca la historia sociológica de los pueblos, se verá que los poetas han sido los videntes de las ciencias y las industrias, que han hecho de heraldos de la libertad; de guías en los éxodos oscuros que ha emprendido la humanidad, y como el genial Herodoto fue padre y precursor de la Historia. Herodoto, creador de la Historia, fue poeta ameno que hacía historia contando las maravillas de otros pueblos, las peripecias de sus viajes por los mares lejanos que había atravesado, sediento de emociones de arte, deseoso de ver, de admirar cuadros bellos de la naturaleza, curioso de nuevas cosas y de cosas sobre todo de misterio, que el misterio es el alma de la poesía.

Un pueblo sin poetas es como una ciudad sin templos, como un templo sin campanas, como una campana sin musicalidad argentina. Ufanémonos nosotros de nuestros grandes poetas: por ellos antes que por importantes firmas del comercio, es conocida Cuenca en los lugares más distantes del mundo latino.

Una ciudad con poetas, en cambio, es una ciudad con palacios, mármoles, parques y avenidas: hay poetas que son catedrales: Crespo Toral en el Ecuador es una catedral gótica. Su libro GENIOS hace el primor de los vitrales policromados, en donde hasta la luz parece detenerse admirada. Cada soneto es un vitral de suaves y bellos colores que da luz al edificio.

Crespo Toral, poeta y poeta cristiano, puede ser comparado con una catedral estilo renacentista. Hurgad en su producción, deteneos en ella, y sentiréis que vuestro espíritu maravillado y maravillosamente atraviesa naves sonoras en su mismo imponente silencio; admira columnas, frisos y capiteles de preciosos relieves; las LEYENDAS DE ARTE del poeta; se prosterna ante el santuario, en el presbiterio cupular y alto, en el *sanctus sanctorum*, en donde está Dios entre oro y seda y piedras preciosas: riqueza acumulada en largos años de fe, constructora, creadora, grande; allí están lámparas eucarísticas, lámparas votivas que encendió un día la madre del poeta, y que no se han apagado nunca, ni han amenguado su fulgor.....

Alguien, improvisándose Caballero de Armas, debería asignar a nuestros grandes poetas el blasón lírico que les corresponde en derecho.

El escudo de Crespo Toral estaría dividido en dos cuarteles por una línea vertical; en campo de azur, la mitad en el de la derecha llevaría estilizada heráldicamente una catedral renacentista, y en de la izquierda, en campo de oro, nueve lises de plata, evocarían a las nueve musas que han mantenido vibrante la lira multícorde del poeta. El cerco de mirtos estaría surmontado por la corona de laureles de oro, que le ofrendó la Patria agradecida.

Y así para los otros poetas, para Luis Cordero, Honorato Vázquez, Miguel Moreno. El lenguaje del blasón, que es idioma de síntesis, diría brevemente la gloria y el amor que el pueblo les concede a sus vates, y diría también el propio merecimiento de ellos, estilizado en algo que es un símbolo o un emblema de su vida.

Para terminar, hagamos votos para que la Fiesta de la Lira no falte nunca en la tierra de Crespo Toral, de Moreno, Vázquez, Cordero.

Las mujeres hermosas del Azuay sigan dando esplendor y sigan aplaudiendo a sus poetas: ellas son las inspiradoras de la Belleza, la luz que alumbra y la estrella que guía al Belén de la Gloria de los predestinados al triunfo.

A. Moreno-Mora